

BIOGRAFÍA INCOMPLETA DE UN HISTORIADOR DEL XVIII: ISIDORO PINEDO IPARRAGUIRRE

GAIZKA DE USABEL

Si se permitiera a un historiador hospedarse en los tiempos pasados, Isidoro Pinedo hubiera ingresado en la Compañía de Jesús durante el reinado de Fernando VI y su nombre aparecería en los catálogos bienales de los jesuitas de esta forma, aunque en latín refinado:

Noviciado de Villagarcía de Campos					
Nombre	Origen	Nacimiento	Salud	Ingreso	Grado
Pinedo Iparraguirre, Isidoro	Miranda del Ebro	3-X-1729	Mediana	26-IX-1748	Novicio

Pero Isidoro Pinedo nació en el siglo XX y no en tiempos de Ensenada sino en una España amenazada por tumultos, hambre y guerras; cuando salió de San Sebastián para ingresar en el Noviciado de Loyola en 1748, el colegio de Villagarcía era tan sólo un campo arruinado por el descuido y lleno de escombros. El dato más cierto en esta biografía es que Isidoro y su hermana menor nacieron en Miranda del Ebro, donde trabajaba su padre. Otra certeza es que su padre, que era un hombre honesto y riguroso que aspiraba a avanzar en el despacho de Correos, inculcó en su primogénito valores como el temple y la tolerancia; mientras que, de su madre, nacida en Olaberría, heredó ese sentido del humor tan guipuzcoano.

La familia Pinedo se trasladó en 1936 a San Sebastián. La capital de la Concha significó un cambio trascendental en la vida de Isidoro, quien todavía en su niñez soñaba con un futuro en el que se veía como «o relojero o médico». En 1940-1946, los Pinedo Iparraguirre vivieron en Huesca. La adolescencia de Isidoro coincidió con «once años de racionamientos» y de «estraperlos»,

mientras cursaba su bachillerato en el instituto de Huesca, una ciudad muy querida para Isidoro, donde con quince años escribió una comedia teatral, en versos «de chungu» y en tres actos: *El Pastelero del Madrigal*. Isidoro recuerda que se retrató en «don Reverendo», uno de los dos protagonistas, un tipo alto y flaco a «quien se le ven los huesos al trasluz».

En 1946, la familia Pinedo regresó a San Sebastián donde Isidoro concluyó el bachillerato en el colegio de los jesuitas (1946-1948) y donde destacó por su inteligencia y memoria, acaudaló muchos amigos con su humor y compañerismo, pero dejó mucho que desear en el campo de fútbol y en las canchas de pelota.

EL PADRE ISIDORO PINEDO, JESUITA

La vocación a la vida religiosa se hizo clara con el trato de profesores jesuitas y de «padres espirituales» en el colegio de San Sebastián. Isidoro decidió ingresar en la Compañía de Jesús y fue aceptado. En 1948, dejó su familia en Donostia, tomó el ruidoso *Urola* (un tren de vías estrechas pero pletórico en humos, pitidos y traqueteo; un tren enorgullecido con las boinas rojas de sus empleados) para Loyola y se vistió con la sotana y el fajín negro de los novicios jesuitas.

El noviciado se anidaba junto a la casa-torre de los Loyola y cerca del caserío que vio nacer y crecer al beato Francisco Gárate. Aquí, el hermano Pinedo inició la formación jesuita que, en muchos aspectos, continuaba las normas mantenidas en Villagarcía de Campos durante los reinados de Fernando VI y Carlos III: dos años de noviciado, concluidos con los «votos del bienio» que obligan a una vida de «pobreza, castidad y obediencia»; tres años de humanidades, lenguas clásicas y literatura; tres años de filosofía escolástica, ética e historia de la filosofía; y cuatro años de teología. Además, muchos de sus compañeros se licenciaron en diferentes ramos del saber; Isidoro lo hizo en Psicología, doctorándose más tarde en Historia.

El hermano Isidoro y sus compañeros jesuitas estudiaron filosofía y teología en un antiguo monasterio benedictino aislado en la soledad de Oña (Burgos). Fueron años intensos de estudio y de «probación», de vida austera, a toque de campana, con clases y conversaciones en latín, recreos demasiado cortos para partidos de fútbol o baloncesto y comidas en silencio, escuchando a un compañero leer libros espirituales o historias de la Compañía de Jesús. Durante los largos inviernos, las habitaciones, pasillos y clases de Oña se encogían con aquel aire voraz y helado, el mismo que persiguió a los benedictinos del medievo. Isidoro, que siempre intenta «echar las cosas a buenas partes», añadiría «a mí me gustaba el paisaje de Oña».

Este monasterio, tan enclaustrado entre rocas y pinares, tenía su encanto. Leyendas, chistes e historias corrían entre los estudiantes jesuitas: que los cruzados habían amenazado asaltar la iglesia monacal, que había monedas de oro emparedadas en los claustros, que la torre (ya ladeada por el tiempo) era del siglo XI, que las casas frente al río fueron parte de una judería, que algunos de los «condes» y «reyes» guerreros enterrados en los dos claustros habían perecido envenenados y no en hazañas heroicas, que se habían encontrado cotas de malla en la propiedad del monasterio y que las cabras «carcomieron» los cables cuando los técnicos jesuitas instalaron, en la cima del monte, la primera antena de televisión.

En las comunidades de Loyola y Oña, el hermano Pinedo destacaba por su soltura como actor en funciones teatrales y como humorista en las fiestas de comunidad. «Tenía habilidad para imitar a la gente, pero su humor no ofendía», rememora un condiscípulo. Fue un gran compañero. Sus hermanos jesuitas reconocieron su inteligencia y su prodigiosa memoria, y acudían a él para aclarar tesis y argumentos de filosofía o teología que encontraban demasiado complicados o «plomos». Pese a su desánimo con el lenguaje escolástico y su debilitada salud, el hermano Pinedo continuó con las acostumbradas penitencias y horarios de largo estudio y escaso sueño. Isidoro comenta que se sentía «cómodo con la austeridad de vida del estudiante jesuita».

Sobre todo, el hermano Pinedo destacó como Amigo (así, con mayúscula); se interesaba en ayudar a sus «hermanos jesuitas» y se preocupaba por sus necesidades. Un ejemplo: durante la formación en la orden se guardaba silencio en las comidas. Isidoro, cuando se percataba que uno de sus compañeros de mesa necesitaba un plato, cubiertos, pan, un vaso o más comida, levantaba el dedo y gesticulaba en silencio para llamar la atención del compañero que hacía de camarero. En la despedida de fin de curso, uno de sus amigos más avispados escribió una letrilla con música: «Aquí queda Pinedo / manejando el dedo». Su mejor definición la formuló un joven jesuita: Isidoro es *el gourmet de la amistad*. Pinedo dice que de joven le impresionó un verso de Shakespeare en *Enrique III de Inglaterra*, que desde entonces le ha servido de guía: «Las alabanzas de los hombres en bronce y sus defectos en agua».

Al acabar sus estudios, los compañeros pronosticaron que el hermano Pinedo sería profesor de teología o historiador. Y así fue. Isidoro estudió Historia en Zaragoza (1957-1959), y pasó a Frankfurt (Alemania) para investigar bajo la supervisión del famoso teólogo y escritor Karl Rahner. Pero su salud decayó y tuvo que retirarse y continuar sus estudios de teología sin asistir a las clases. Así y todo, en 1962, aún débil de salud, se ordenó sacerdote y, seis años más tarde, en febrero de 1968, hizo su profesión solemne. Así acabó los veinte años de formación jesuita que comenzaron en Loyola en 1948.

El padre. Pinedo «humorea» sobre su espiritualidad: una tarde, cuando visitaba a su hermana en San Sebastián, se toparon con una vecina; esta señora comentó con entusiasmo que Isidoro le «inspiraba tanta paz...». Su hermana bajó la cabeza y rumoreando añadió: «Sí, paz y aburrimiento».

EL DOCTOR ISIDORO PINEDO, HISTORIADOR

«Mi amor primero, la historia» afirma. La historia le cautivó desde que tenía nueve o diez años. Su empeño de historiador es «descubrir la historia de las personas como portadoras de ideas». El doctor Isidoro Pinedo es parte de una generación de historiadores jesuitas que estudiaron en Zaragoza y se especializaron en temas del siglo XVIII. Rafael Olaechea le animó y le aconsejó escribir su tesis doctoral sobre Manuel de Roda, el primer ministro escogido por Carlos III. José Antonio Ferrer Benimeli colaboró en investigaciones de historia y en proyectos de la Compañía. A esta generación pertenecen también otros historiadores y amigos suyos. Entre ellos, los jesuitas Manuel Revuelta y José del Rey Fajardo, miembro de la Academia de la Lengua en Venezuela, junto con el carmelita descalzo Teófanos Egido, con quien el doctor Pinedo escribió *Causas gravísimas y secretas de la expulsión de los jesuitas por Carlos III*. Esta generación ha formado e inspirado hornadas de historiadores que hoy publican y enseñan en las universidades de Alicante, Valladolid, Navarra, La Rioja, Deusto, Madrid, Cádiz, Barcelona, etcétera.

El primer destino del doctor Pinedo como historiador fue el colegio internado de Tudela. Hoy, Isidoro se ríe recordando que, antes de su nombramiento como rector de ese colegio, alguien le alertó de que había tres tipos de mozos estudiantes: «Brutos, brutísimos y de Tudela». Allí introdujo cambios en la enseñanza de la historia. Descubrió con desánimo que se insistía en métodos memorísticos. Cierta día, a la pregunta del profesor, un muchacho respondió que el rey Alfonso X «había conquistado Sevilla y Córdoba». El profesor le corrigió: «No, no es así. Ya lo dice el libro: “Se apoderó de Sevilla pero no conquistó Córdoba”». El muchacho leyó el texto: «... no conquistó Córdoba». Mojó su dedo índice y pasando la página del libro, leyó el final de la frase: «... sin grandes esfuerzos».

Después de recibir la licenciatura en psicología (Madrid, 1969-1972), su destino fue la Universidad de Deusto, hasta su jubilación en 1999.

El doctor Pinedo comenta que la mayoría de sus amistades bilbaínas son antiguos alumnos. Amigos que se han multiplicado en sus veinte años de profesorado. Amigos que no le olvidan y que le están agradecidos. En una ocasión, una alumna suya, de religión adventista, decidió no examinarse en sábado

por ser para ella «día prohibido». El doctor Pinedo la ayudó a cambiar la fecha del examen. La mañana señalada, la muchacha llegó unos diez minutos antes y se sentó en un banco; mientras esperaba pasó el profesor de Arte y le preguntó por qué estaba tan nerviosa; ella le respondió que tenía examen con el profesor Pinedo y él la animó: «San Francisco de Asís, al lado del padre Pinedo, sería un gánster de Chicago».